

muerto para siempre. Me pasa que he visto una figura...

—¿Pero á quién, á quién has visto? ¿Quién ha resucitado?—exclamó Leonarda con súbito terror, palideciendo.—¿Es mi marido que ha vuelto ya de la isla desierta?

—No, hija, no. Tu marido... se lo comieron los peces y lo han digerido ya. La figura que he visto no es la de Cándido Palomo. Es la del forjador atlético hijo de los Dioses, padre de las mil maestras... renovador del Paganismo...

—¡Bah, bah!; esas son coplas. ¿Ya estás otra vez con la tecla de los *paganistas*? Pues ya sabes que el mejor *paganismo* es no pagar á nadie y cobrar todo lo que se pueda.

VII

En Chinchilla, donde bajamos á confortar nuestros estómagos con el agua de castañas almidonada que llaman café con leche los fondistas de las estaciones, me puso la mano en el hombro un señor á quien al pronto no conocí.

Era David Montero, totalmente transfigurado de ropa y rostro. Tenía la facha de un clérigo vestido de seglar. Se había quitado barba y bigote, y disimulaba con ligero tinte las canas de las sienes y de la nuca, bajo un gorro de terciopelo negro como el que usan los párrocos de aldea. «Hablemos quedito

—me dijo sentándose junto á mí,—y no pronuncie usted mi nombre. Ya ve que voy disfrazado. Me escapé hace días, y en casa de un amigo de Balsicas me vestí de máscara para marcharme á Madrid... *Leona* me mira sonriendo. Sin duda me ha conocido. Advérta-le que no venga ahora con aspavientos y que no me llame por mi nombre... Ya hablaremos, ya hablaremos. Dígame en qué departamento van, y si es de segunda como el mío pasaré un rato con ustedes.»

Alegrándome mucho de ver á David, le indiqué que íbamos en el último coche. Antes de partir el tren ya estábamos reunidos los tres y entablábamos una grata conversación sin recelo de ser oídos, pues al pasar de Chinchilla sólo quedaron en nuestro departamento dos viajeros, que arrebuados en sus mantas dormían como lirones. «El Cantón está perdido, señor don Tito—me dijo Montero con voz apagada.—Lo estuvo desde 1.º de Diciembre. Ya sabrá usted la prisión de Carerras, Pozas y demás individuos del Ejército.

—Lo sé, lo sé—respondí.—Estoy bien enterado de todo. Desde que López Domínguez tomó el mando de las fuerzas Centralistas, los militares de la plaza se hacen cucamonas con los de fuera.

—¡A quién se lo cuenta usted!—repuso David.—Yo he tenido algún trato con los Centralistas. Ello fué porque un primo mío, Carlos Montero, está de mecánico en el Cuartel General, donde le estiman mucho por los servicios que presta. He hablado con el Coro-

nel Sánchez Molero, que ayer me dijo: «La fiesta de Reyes la celebraremos dentro de la Plaza.» He hablado también con López Domínguez, quien, generoso, y muy satisfecho con las referencias que le dieron de mí, me aseguró que pedirá mi indulto. Pero mientras esa gracia viene yo me pongo en salvo, amigo mío, que si se rinde Cartagena, lo primero que harán los vencedores será meter en *chirona* á toda la población penal. Y lo que es á mí no me pescan.

—Muy bien, David—dije yo,—ha hecho usted muy bien: libertad y vida nueva.

—Eso, eso—saltó *La Brava* juguetona y alegre.—La idea de pasar de un mundo á otro la tuvo antes que usted, amigo Montero, una servidora. No más presidio: el mío era la pobreza, la vergüenza, el andar siempre entre gente groserota y vil ó entre señoritos babosos y cargantes que todo lo ven *bajo el prisma de la corcupicencia*.»

No pudimos prolongar nuestro coloquio porque Montero se quedó en Albacete, donde tenía un hermano. Allí descansaría breve tiempo, trasladándose luego á Madrid sin abandonar las precauciones que garantizaban su libertad. Díjome su nombre postizo, que era *Simón de la Roda*, añadiendo que se holgaría mucho de que nos viéramos en la Villa y Corte. De su paradero darían razón en el taller de Calixto Peñuela, un su amigo, famoso armero establecido en la calle de los Reyes, número 15... En Alcázar de San Juan, donde la parada fué muy larga, no me fué po-

sible reprimir mi curiosidad, y me lancé á una indiscreta exploración del Reservado de Señoras, cuya portezuela estaba abierta.

Con gran asombro vi que el coche se hallaba vacío. ¿Qué se hizo de las misteriosas viajeras? ¿Se desvanecieron en los aires cual figuras que tenían su domicilio en los espacios imaginarios, ó eran seres de carne y hueso que habían terminado su viaje? Busqué á las fantásticas damas á lo largo del andén; luego en la Fonda, y no hallé rastro de las princesas ó señoronas *paganistas*, como decía *La Brava*. Esta, que era un águila para las averiguaciones por su metimiento y natural comunicativo, preguntó á un empleado del tren, el cual nos dijo secamente que el Reservado de Señoras había venido vacío desde Cartagena. La mentira y la verdad, enzarzadas y juguetonas, continuaban atormentando mi espíritu.

Nos hallábamos mi *costilla falsa* y yo consumiéndome sendos chocolates con tortas de Alcázar, cuando se nos acercó un señor de más que mediana edad, alto y de buen porte, suelto de ademanes y de lengua, que saludó á *Leona* con despejo y gracia, felicitándola por verla camino de Madrid. Fué después al mostrador para pagar su gasto y el nuestro, y yo pregunté á *La Brava*: «¿Este caballero es Prefumo ó uno de los Paganes de Murcia?»

—*Pagano* es y de los buenos—me contestó mi amiga gozosa.—Pero no se llama Pagán.» Y cuando el caballero volvía del mostrador

salió ella á su encuentro y hablaron un mediano rato lejos de mí. Al meternos en nuestro coche para continuar el viaje, mi esposa fortuita ó accidental me dijo, con frase que por su extremada sinceridad parecía candorosa, que el *pagano* le había propuesto pasarse á su departamento de primera y que él abonaría la diferencia del billete.

«¿Qué te parece, Tito?—agregó la moza con zalamería.—Si tú lo consientes, voy; si no, no. Te digo esto, Titín, porque el ir con ese amigo me servirá para la introducción.

—¿Qué quieres decir?

—Que para introducirme ó como aquel que dice presentarme en la vida de Madrid, ese caballero poderoso me hará un buen avío. Aconséjame si debo ir ó no. Aconséjame, hombre.»

Con toda honradez y franqueza le contesté que siendo ella mujer libre y árbitra de su destino, podía tomar la senda que más le conviniese para el buen principio y orientación en la carrera que había emprendido. Mi fácil consentimiento produjo en ella un ligero chispazo del amor propio y fugaces monerías de coquetismo. Pero al fin quedó convencida, gracias á la perfecta lucidez con que yo expresé la rectitud de mis intenciones. Dijele que si en Madrid necesitaba de mí me encontraría en mi vivienda, calle del Amor de Dios. Como *La Brava* no dominaba el conocimiento de los números, señalé la casa con la infalible indicación de que junto á la puerta había una cacharrería y en ésta una tabli-

lla anunciadora de *burras de leche*... En Aranjuez se consumó nuestro divorcio. No debo ocultar que si ella se fué un tanto pesarosa yo quedé medianamente triste.

Llegué á Madrid solito y tan campante. Al tomar un coche de punto vi de lejos á *Leona la Brava* con el caballero *pagano*, precedidos de un mozo cargado de bultos, y disponiéndose á entrar en el ómnibus de la Fonda Peninsular. En mi casa fuí recibido con explosión de júbilo. A Rosita encontré más espigada, á Nicanora más barriguda, y á Ido transparente ya de puro espiritado. Una novedad de la vida hospederil me contrarió mucho: la que yo llamaba mi habitación estaba ocupada por una señora, á quien mis buenos patrones no podían echar para restituirme en el usufructo de aquel cuarto. Era una dama recomendada por Delfina Gil, la dulce beata traficante en ataúdes. ¿Era guapa aquella señora? Sí. ¿Joven? Regular, tal, cual... En fin; ya la veríamos.

Ayudándome á quitarme la ropa de viaje, el seráfico Ido me dijo: «Ya sabemos, señor don Tito, que los cabecillas Cantonales le nombraron á usted Embajador en Constantinopla, y que usted propuso al Gran Turco pactar un *Tratado de Alianza* con la República Cartagenera... No se ría, no venga negándolo; aquí todo se sabe... Nos dijeron también que estuvo usted en Roma tratando de conseguir del Papado que se entendiera con Roque Barcia para establecer en Cartagena un catolicismo suave y democrático. Ahora...

usted lo negará, porque diplomacia y reserva son una misma cosa... ahora, digo, viene usted á Madrid á negociar con el Gobierno las paces con el Cantón en condiciones honrosas para ambas partes... No se haga de nuevas... ¡Si aquí le están esperando!... Hace días estubo en casa don Nicolás Estévanez á preguntar cuándo volvía usted. Luego vino con la misma cantinela un caballero que á mi parecer es el secretario del señor Maisonave, Ministro de la Gobernación.

—También vino—dijo Nicanora, que entraba con ropa limpia para hacerme la cama—uno que debía de ser el propio Castelar...

—Era él, era él—afirmó Ido dándose una palmada en la frente.—Era don Emilio con barba postiza.

—No, José, no; estás trascordado—repuso Nicanora.—Aquel caballero no traía barba... Pero si no era don Emilio era Carvajal afeitadito... También estuvieron aquí don Luis Blanc, don Serafín de San José y *un porción* de santones, es á saber: el General Velarde, Solís, Moreno Rodríguez, doña Candelarita la escritora, y un tal Robledo Romero que me parece que es borbónico.»

El mismo día de mi regreso al hogar patril, hice conocimiento con la señora que ocupaba mi habitación. Era una dama de agraciado rostro, de estatura menos que mediana, edad incierta entre los treinta ó treinta y cinco, tipo de lugareña fina, modosa y bien criada, el habla dulce aunque no exenta de viciosas concordancias, vestida con el hábito

de los Dolores, limpia, peinada con esmero y un poquito perfumada.

«No es la primera vez que veo á usted, señor Liviano — me dijo, haciéndome sentar junto á ella en el sofá de los duros y punzantes muelles.—Yo soy vizcaína, de un pueblo que llaman Elanchove, y en Durango tuve el gusto de oír el discurso que usted nos echó sobre la *Republica Pontificia*, sermón bonita que si al pronto nos entusiasmó, luego vimos que irreverente burla era... Conozco á su padre de usted que fuertecito todavía está, aunque resentido de sus achaques. Trato mucho á su hermana Trigidia y á Ignacio Zubiri. Soy amiga de Pepita Izco, y algo parienta del cura Choribiqueta. Me llamo Silvestra Iriгойen, pero allá todos me conocen con el nombre familiar de *Chilivistra*... Conque ya ve que nos conocemos... Y ahora sólo me falta decirle que esperaba su vuelta como agua de Mayo para que me dé su auxilio *poderosa* en la pretensión que traigo á Madrid.»

Atento á la buena señora, y sintiéndome ya ¿por qué no decirlo? prendado de su modestia y dulzura melancólica, le dije que dispusiera de mí á todo su talante y voluntad.

«Tanto Delfina como este señor Sagrario y doña Nicanora—prosiguió *Chilivistra*—me han dicho que á usted no le niega nada el Gobierno. Cosa que pida es cosa lograda. Todos me aseguran que va usted para Ministro, y que ha venido al arreglo de paces con el *Cantona*.»

Protestando con modestia de aquella su-

puesta privanza mía, le rogué que me diera razón de su cuita ó desventura, y ved aquí lo que me contestó, echando por delante un gran suspiro: «Yo soy casada... No podré decir á usted si el casarme fué para mi felicidad ó desdicha, pues de todo hay. Mi marido es... corazón de ángel y genio de todos los demonios. Pruebas mil tengo de su cariño, y en mi cuerpo no faltan señales de sus malos tratos. Se llama Gabino Zuricalday. En su familia todos son carlistas netos... Desde Febrero del año pasado mandaba el 5.º Navarro. Cuentan que era una fiera en los combates... Por dejarse llevar de su arrojo le coparon con otros en un encuentro que tuvieron con las avanzadas de Moriones cerca de Bacaicoa. Cuando le llevaban preso á Pamplona quiso escaparse y... ¡pim! ¡pum!... sin lograr su objeto, Gabino mató á un guardia civil... Milagro fué que no le fusilaran. Hoy le tiene usted en la prisión militar de Logroño esperando sentencia de un consejo de guerra... Más de un mes lleva en este suplicio; pero ello va despacio. Militares hay del Ejército *liberal* que se interesan por él; mas no faltan otros que no pararán hasta la vida quitarle... Oído el parecer de mi familia, y el consejo de mi confesor, vine á Madrid para poner cuanto esté de mi parte en la santa obra de salvar á ese desgraciado.

—Procede usted—le dije yo efusivamente apretándole las manos—como esposa cristiana que olvida las ofensas y obra conforme á la divina ley de amor. Porque si es verdad

que su bello cuerpo conserva señales de malos tratos...»

Chilivistra me interrumpió diciendo con presteza: «Cardenales fueron y *tantas* que llevaba yo sobre mí todo el Sacro Colegio. Mas tiempo ha que no dolerme. Mi confesor, santo siervo de Dios y de don Carlos, me ha dicho que perdone al marido *mala* que me ofendía... y ello no era más que cuando se arrebatava por la bebida ó se encalabrinaba porque le había soplado mal el naipe... El Altísimo y mi conciencia me gritan que emprenda la campaña de redención. Lo hago no sólo por mí sino por el mi hijo... Se me olvidó decirle que tenemos un niño de siete años al cual he dejado en casa de los mis padres... ¡Ayúdeme usted, don Tito, en esta empresa cristiana, y si en ella salimos *triumfos* ganaremos el cielo.»

Lo que yo mayormente quería ganar era la ternura indecisa de sus ojos, tras de los cuales entreveía los cielos infinitos del amor. «Señora cristiana y dolorida—exclamé con arranque,—yo, como buen caballero, me pongo al servicio de usted, y no tendré paz ni sosiego hasta que rematemos el alto empeño de rescatar la vida de su esposo. Hoy mismo veré á Sánchez Bregua, á Castelar. Mi grande amigo Emilio no me dará una negativa...»

Chilivistra quedó muy complacida, y yo salí de su presencia revolviendo en mi mente un plan de campaña que me pareció inspirado en la lógica más pura. Con el súbito

recuerdo de mis admirables éxitos, en la primera mitad del año que expiraba, se renovó en mí la firme convicción de que cuantas peticiones hiciese á los Ministros serían inmediata y satisfactoriamente resueltas, por obra y gracia de mis invisibles espíritus familiares. En aquel poder hermético confiaba yo para conseguir la libertad del prisionero y hacerme dueño de su interesante y acardeñalada esposa.

Imaginando que me bastaría poner una expresiva carta á mi amigo Eleuterio Maisonneuve para que el prodigio se realizase con la presteza sobrenatural de marras, puse en ejecución mi pensamiento, y allá fué la epístola que á mis queridos espíritus daba tarea en qué pasar el rato... Refrescado y vestido de limpio me eché á la calle en busca de mis camaradas, y tuve la desgracia de no encontrar á ninguno.

Silvestra, sola ó con Delfina, iba diariamente á misa, y las más de las noches á los oficios que se celebraban en las iglesias próximas. Pero no creáis, lectores pios, que era una de esas beatas apestosas y cargantes que son verdadero antídoto contra el pecado. Largo espacio de la mañana empleábalo en la limpieza y arreglo de su bella persona, y cuando salía tan bien apañada y elegantita, daban ganas de ir en su seguimiento y arrojarse con ella ante los altares. El 1.º de Enero de 1874, se me ocurrió salir en su acaño y la sorprendí hociqueando en la rejilla de un confesonario. Mas no por esto se

amenguaban su gracia y atractivos. Algunas veces, después de dar un paseo por el barrio, volvía trayendo en su pañuelo naranjas ó peladillas compradas en los puestos de Antón Martín. Jamás conocí santurrona tan sugestiva y simpática.

Fiado en la intervención de mis amigos del otro mundo, daba yo á *Chilivistra* seguridades de un éxito feliz en nuestra empresa de salvamento, y una tarde, acompañándola con su permiso á la iglesia de Montserrat, donde había sermón y Manifiesto, pude advertir que cuando yo le hablaba de la libertad de su marido no parecía tan contenta como era de suponer. Llegué á formar la opinión de que los anhelos de la dama dolida y coquetona se satisfarían con obtener la vida de Zuricalday, y conseguido esto... que le mandaran lejos, lejos, á Filipinas por ejemplo, poniendo así la mayor distancia posible entre el adorable cuerpo de la señora y la mano impía del esposo.

No se me olvida la fecha de estas insignificantes ocurrencias y vanos coloquios. Era el 2 de Enero. Deseoso de ponerme en contacto con mis amigos me fuí al Congreso, donde el invisible poder de *Mariclio* me llevó á presenciar los memorables acontecimientos de la noche del 2 y madrugada del 3 de Enero de 1874... ¡Dame tu aliento, sostén en mí la acendrada devoción de la verdad, divina Madre y Maestra!

VIII

El primer amigo con quien tropecé en los pasillos fué Moreno Rodríguez, á quien debí las referencias que me dieron un rumbo fijo en la corriente histórica. Díjome que las mayores dificultades acumuladas sobre el Gobierno Castelar provenían de la inquietud de los Intransigentes y de la cuestión de los obispos. «Ya sabes—añadió—que sin aquiescencia de Roma nombraron Arzobispo de Cuba al padre Llorente, íntimo de Martos, y Obispo de Cebú al amigo Alcalá Zamora, demócrata de buena cepa, que siendo diputado en las Constituyentes del 69 votó la Libertad de Cultos vestido de clérigo. Sabes también que el Papa se negó á preconizar á estos prelados, y que han pasado largos meses sin que el Gobierno español y el Vaticano se entiendan.

—Ya, ya lo sé—contesté yo.—Dicen que Pío IX está afligidísimo.

—Naturalmente—repuso mi amigo;—lo está siempre que no puede tener á los países católicos bajo su sandalia. El nuestro se las mantiene tiesas con Roma desde el 68, y por eso el Pontificado ha tenido que cantar la palinodia, conviniendo un *modus vivendi* con el Gobierno Castelar para la provisión de las mitras vacantes, que son muchas. Los jesuí-

tas querían que el Papa nombrase los nuevos obispos arrebatando al Gobierno el derecho de presentación, y hasta tenían preparada una hornada de clérigos carcundas para encasquetarles la mitra. Pero Masttai Ferretti vió que mermaban los chorros del dinero de San Pedro, y acabó por entenderse bonitamente con la República española. Esto es un éxito indudable del Gabinete Castelarino, ¿no te parece, querido Tito? Pues verás qué amarguras y contratiempos le aguardan al bueno de don Emilio. Salmerón está que echa bombas, y me parece que oigo ya los ruidos lejanos de la tempestad que se acerca.»

Poco después di de manos á boca con Pablito Nougués, que compartía con Eugenio García Ruiz el fervor unitario. De lo que me contó el inteligente y simpático periodista, redactor-jefe de *El Pueblo*, deduje que la eterna discordia entre unitarios y federales era por aquellos días violentísima. La más clara expresión del odio que unos á otros se tenían es la frase pronunciada por un rabioso Intransigente: «Entre una República que no sea Federal y la Monarquía, preferimos la Monarquía.» Este relámpago no fué el último que me deslumbró aquella tarde en la cálida atmósfera del Congreso.

En diferentes grupos, donde encontré amigos muy queridos, pude oír el retumbar horrisono de la tempestad que se aproximaba. Salmerón, ya muy esquinado con el Gobierno, estimando el *Modus Vivendi* episcopal supremo error y violación del credo republi-

cano, escogió este tema para cantarle á Castelar el *De profundis* y dar con él en tierra.

Una Comisión de diputados se acercó á don Nicolás, rogándole que depusiera su actitud contra el Gobierno. Mas no lograron rendir la tenacidad del filósofo, que condenó su negativa en esta implacable sentencia: *Sálvense los principios y perezca la República*. Tal fué el segundo relámpago deslumbrador que me anunciaba el rápido avance de la tormenta. El espantable fallo del Presidente de las Cortes arrancó lágrimas á los leales republicanos que más de una vez jugaron su vida en las conspiraciones y en las barricadas.

No queriendo abandonar el Congreso entre la sesión de la tarde y la de la noche tomé un pisco-labis en la Cantina con Martínez Pacheco, Castañeda, Ollas, Morayta. Este nos dijo que el voto de gracias al Gobierno, que presentaron á primera hora de la tarde, se discutía calurosamente. Castañeda refirió que estando aquella mañana en la casa de Castelar, calle de Serrano, don Fernando Alvarez, pariente del gran tribuno, y otros amigos allí presentes, aconsejaron al Presidente del Poder Ejecutivo que se resolviera á dar el golpe de Estado. Don Emilio contestó que su honor rechazaba no sólo la idea sino hasta la frase *golpe de Estado*, y que á las Cortes iría sin vacilar, afrontando todo lo que pudiera ocurrir.

Martínez Pacheco, uno de los políticos más ligados al jefe de la Situación, nos contó sigilosamente que Castelar había conferenciado con Pavía en el despacho de la Presiden-

cia para informarle de los rumores por todos oídos de que intentaba sublevarse contra las Cortes Soberanas. El General lo negó en redondo. Don Emilio entonces le exigió palabra de honor de que decía verdad. Pavía, dando su palabra, dijo textualmente: «Jamás, jamás me sublevaré yo ejerciendo mando.» Oído esto convinimos todos en que no había peligro por aquel lado. Don Manuel Pavía y Albuquerque, ayudante de Prim, tuvo siempre estrechas relaciones con los republicanos y era el General que más confianza podía inspirar á todos.

En la sesión nocturna se fué avivando el debate, no sé si sobre la proposición de Morayta y Ollas ó la indispensable de *No ha lugar á deliberar*. Subí á la tribuna de la Prensa y oí discursos de los conservadores favorables al Gobierno. Romero Robledo dijo que habiendo apoyado á Pí y Margall y á Salmerón cuando eran Poder, no podía negar su voto al Gabinete Castelar. En el propio sentido habló don Agustín Esteban Collantes, que sintetizó su pensamiento en esta frase feliz: «Si un regimiento de Granaderos entrase por esas puertas y se hiciese dueño del Poder, yo sería de los vencidos, ya triunfasen las turbas, ya los Granaderos»... Relámpago intenso que me hizo cerrar los ojos.

Defendió al Gobierno, entre otros, el eximio catedrático don Francisco de Paula Canalejas, que fijó la cuestión política en estos precisos términos: «Si el Ministerio debe caer, es preciso sepamos cuál es la solución que ha

de sustituirle.» Atacaron, sin acritud Benítez de Lugo, y con sin igual dureza Corchado y Labra, quienes intentaron presentar á Castelar como sospechoso á los republicanos. No pudiendo formar Gobierno ningún hato suelto del rebaño parlamentario, se imponía un Gabinete sintético ó de conciliación; pero como era imposible armonizar la Izquierda con el Centro, y la Derecha con los Intransigentes, resultaba un embrollo de todos los diablos ó un nudo que los dedos más hábiles no podrían deshacer.

En esto sonó el primer trueno de la ya inminente tempestad. Salmerón, que había dejado la silla presidencial, soltó en un escaño próximo al reloj el raudal de su elocuencia altisona y majestuosa. Sus negros ojos fulgurantes, su lucida estatura y la solemnidad de sus ademanes, completaban el mágico efecto del orador sobre sus embelesados oyentes. Mostróse ufano de haber contribuido á formar la Derecha, que definió de este modo: «Partido eminentemente republicano, esencialmente democrático en los principios, radical en las reformas, pero conservador en los procedimientos; partido de paz, de orden, de imperio, de ley, de autoridad.» A mi lado, los periodistas, comentando estas palabras, dijeron que la Derecha no la había formado Salmerón con sus vacilaciones, sino Castelar con su continua propaganda. Don Emilio era el representante legítimo y autorizado de la Derecha.

Prosiguió el filósofo sosteniendo que Caste-

lar había roto la órbita de la política conservadora, y trató de probarlo exponiendo vagas generalidades acerca del Ejército, del partido conservador monárquico, de reformas administrativas y de economía de los gastos públicos, sin aludir ni por asomo á la cuestión de los obispos, móvil, según creíamos, de aquella gran horrasca. Se guardó muy bien de indicar cuáles eran las economías y reformas administrativas que, según él, debió Castelar implantar y no lo hizo. Tampoco dijo nada que permitiese apreciar la diferencia entre las disposiciones referentes al Ejército dictadas por don Emilio y las que él adoptó en el periodo de su mando.

Las únicas afirmaciones, por cierto nada tranquilizadoras, del orador fueron éstas: «Soy inhábil, soy incapaz para el Gobierno mientras las actuales condiciones no cambien: ni pretendo, ni demando, ni acepto el Poder. Si no es posible salvar la situación presente dentro de la órbita del Partido Republicano, antes que romperla nosotros con mano sacrílega, digámoslo á la faz del país; declaremos que no es posible gobernar con nuestros principios, con nuestros procedimientos: así quedará nuestra conciencia tranquila de no haber profanado el Poder, de no haber hollado nuestras sagradas convicciones.»

Aunque no sonaron fuertes aplausos, las señales de asentimiento que advertimos en toda la Cámara, nos demostraron que había herido gravemente al Gobierno el discurso del

filósofo sin realidad, según la sabida frase castellana. Había llegado el momento supremo. El Presidente del Poder Ejecutivo se levantó arrogante, ansioso de mostrar en aquel torneo la pujanza de su nombre, de su elocuencia y de su honor, como jefe de la democracia gubernamental.

Empezó su discurso el inmenso tribuno con estos ardientes apóstrofes: «Soy sospechoso al Partido Republicano porque le digo que él solo no puede salvar la República; porque le digo que está hondamente dividido y perturbado; porque le digo la verdad, como se la dije á los Reyes, y añado que no gobernará como no condene enérgicamente y para siempre á esa demagogia. (Señalando á la extrema Izquierda.)

Fijó luego su significación gubernamental, constante en su vida pública. Sostuvo que nada hizo en el Gobierno que no hubiera defendido en la oposición y expuesto en su programa al ser elevado al Poder. Notó los servicios prestados por él á todos los Gobiernos de la República, de quienes fué ministerial ardiente aun sin compartir sus opiniones, por no mermarles autoridad. Luego prosiguió así: «Tenemos todo lo que hemos predicado. Tenemos la Democracia, tenemos la Libertad, tenemos los Derechos Individuales, tenemos la República. Dos reformas no más necesitamos: la primera es la separación de la Iglesia del Estado; la segunda es la abolición de la esclavitud en Cuba.»

El relampagueo y troncio continuaban,

con fulgores y sonidos más próximos. Un diputado interrumpió: «¿Y la Federal?» Don Emilio repuso con acento iracundo: «Eso... eso es organización municipal y provincial. Ya hablaremos más tarde; no merece la pena. ¡El más federal tiene que aplazarla por diez años!» En los bancos de la Intransigencia produjeron enorme tumulto las frases del tribuno. Una voz dijo: «¿Y el proyecto de Constitución?» Castelar lanzó esta respuesta fulminante: «Le enterrasteis en Cartagena.» (*Sensación profunda en la Cámara y contradictorias manifestaciones.*)

El Jefe del Gobierno puso término á su discurso con estas palabras: «El Partido Republicano tiene que transformarse en dos grandes partidos: uno de acción, progresivo, muy progresivo, á quien le parezcan estrechas y mezquinas nuestras ideas; y otro pacífico, nada de dictatorial, nada de autoritario, nada de arbitrario; legal, muy legal, demócrata, muy demócrata, pero con grandes instintos de consolidación y conservación... Mi política es la natural y podréis maldecirla, pero no sustituirla, porque ante la guerra no hay más política que la guerra.»

Sin más dimes y diretes, porque Salmerón no rectificó y las Izquierdas olfateando su triunfo no quisieron perder el tiempo, se dió por concluso el debate. ¡A votar, á votar! Derrotado por 120 votos contra 100, Castelar entregó á la Mesa la dimisión de todo el Gobierno... Aprobóse la proposición de costumbre para elegir por papeletas firmadas un

nuevo Ministerio con las mismas facultades conferidas á los anteriores, y se suspendió la sesión por más de dos horas para que los diputados se pusiesen de acuerdo... Bajé de la Tribuna con mis amigos periodistas, y en los pasillos y Salón de Conferencias oímos ardorosos comentarios de la votación.

Alguien censuró con acritud á Figueras porque, si personalmente se abstuvo, ordenó á sus parciales que votaran contra el Gobierno. También votaron en contra Salmerón y sus adeptos, el Centro, la Izquierda y los Intransigentes. Al lado de Castelar estuvieron, á más de sus amigos, seis monárquicos y los Unitarios. Hallándome yo en medio de aquel laberinto me encontré de improviso en los brazos de Estévanez. «Pero don Nicolás—le dije,—¿qué es de su vida de usted? No le he visto en los escaños.» Y él, con semblante triste y voz apagada, me contestó: «No he venido más que á votar y me largo á escape. Mi suegra acaba de morir. Adiós.»

Avanzaba la noche. Ya habían caído en las honduras del tiempo pasado las horas del 2 de Enero de 1874 y entrábamos en la madrugada del 3. La votación por papeletas se deslizaba lenta, triste, cadenciosa y somnífera, reproduciendo en los espíritus la pesadez atmosférica de la tempestad que sobre el Congreso se cernía. En los aires sobrevino el silencio lúgubre que precede á los grandes estallidos de la electricidad. No vean mis lectores en esto más que un fenómeno subjetivo, producto de mi caldeada imaginación.

La tempestad no estaba en los aires sino en la Historia de España.

A una hora que debía de ser molesta para los trasnochadores más empedernidos, las cinco ó las seis de la madrugada, terminó la parsimoniosa votación para elegir nuevo Gobierno, y se dió comienzo al escrutinio con prolijos trámites á fin de garantir la más escrupulosa exactitud. En esto estábamos cuando retumbó sobre nuestras cabezas un trueno formidable. Retembló el edificio, se estremecieron todos los corazones, vibraron todos los nervios... Subió Salmerón á la Presidencia y demudado, lívida la faz, centelleantes los ojos, dijo solemnemente estas fatídicas palabras: «Señores diputados: hace pocos momentos he recibido un recado ú orden del Capitán General de Madrid—creo que debe ser ex-Capitán General,—quien por medio de sus ayudantes nos conmina para que desalojemos este local en un término perentorio.»

IX

El rayo corrió por toda la Sala en menos de un segundo, levantando á muchos de sus asientos, y oyéronse estas voces: «¡Nunca! ¡nunca!» Parecióme que en aquella fracción de segundo los pupitres, los divanes, los candelabros, las luces de gas, las pinturas y adornos, los nombres grabados en las lápidas